

# LETRAS

## LETRILLAS

# L&TRONES



+Seamus Heany: desde el margen.

Fotografía: English PEN - Felix Clay

76

LETRAS LIBRES  
OCTUBRE 2013

### IN MEMÓRIAM

## NAÚTICO COMPÁS DEL UNIVERSO

### SEAMUS HEANEY, 1939-2013

✦ PURA LÓPEZ COLOMÉ

**S**e puede describir una brújula en calidad de objeto. Mi padre lo hizo más de una vez, con precisión de ingeniero, e intentó darme lecciones de orientación. Nunca aprendí. Describir la rosa de los vientos, en cambio, es casi imposible. Quienes habitamos los terrenos de la poesía no necesitamos una demostración racional y fehaciente que confirme su existencia. Naturalmente nos dejamos llevar por ella: nada mejor que flotar en la esencia de una flor emblemática tanto de belleza como de verdad, en virtud del nombre labrado en la quilla de la nave en que viaja, el Austro, el Bóreas, el Mistral. Entre flor (rosa) y canto (viento), como querían nuestros antepasados, sobre sus bordes, logramos vivir. Seamus Heaney venía de márgenes, orlas; de un confín, un lugar fronterizo. Se hallaba entre dos aguas por dentro: una capacidad racional precisa e incisiva, y una intuición total, de sonámbulo. Era un poco del norte donde había nacido (Condado de Derry, parte de

Gran Bretaña) y un poco del sur donde pasó la mayor parte de su vida adulta (Dublín, República de Irlanda). La música de su verso es un poco nórdica, anglosajona, y un poco clásica y del sur. En uno de sus entrañables ensayos, “Escrito para los míos”, dice: “Todos los días, al ir y venir de la escuela, cruzaba y volvía a cruzar el Sluggan, y todos los días se acentuaba mi sensación de estar viviendo a ambos lados de una frontera. Nunca abrigué la certeza de completa pertenencia a un solo lugar y, por supuesto, desde un punto de vista tanto histórico como topográfico, tenía razón: todos aquellos poblados y parroquias y diócesis que alguna vez habían formado parte firme y sólida de la antigua geografía eclesiástica, anterior a las plantaciones, de la Irlanda celta, habían pasado a manos de un sistema y una jurisdicción distintos.” Cada una de sus palabras va impulsada por los vientos de un intelecto poderoso, dueña de la tersura y aroma vegetales de una sensibilidad única. Se dice fácil. Sin embargo, quien crea que exagero, víctima de una devoción ciega, puede asomarse al azar a cualquiera de sus libros y confirmar que, si acaso, me quedo corta.

Las virtudes de su estilo, de su poesía en general (la cual incluye sus

traducciones en calidad de creaciones propias), así como de sus ensayos han sido analizadas desde muy diversos puntos de vista. Se le han dedicado eruditos textos críticos, como los de Helen Vendler, que hasta sopesan la perfección silábica, numérica, de su verso (pasándola por un cedazo de construcción/deconstrucción), haciéndola coincidir con conclusiones filosóficas, justificando congruencias de fondo y forma. Y también se han escrito muchos textos esencialmente celebratorios de esa música que, sin explicaciones, se clava al centro de lo que importa en nuestras falibles y minúsculas vidas, nuestro terror ante la muerte, lo que la hace platónicamente ser nada menos que la prueba de la existencia de Dios.

Yo tuve la inmerecida fortuna de conocer su poesía casi desde que comenzó a publicarla, y sin saber con qué energías me enfrentaba. Una de las monjas de un colegio al que asistí en Estados Unidos era irlandesa. Recitaba la poesía de W. B. Yeats antes de irse a dormir todas las noches. Y por ahí me dio a conocer algún verso aislado de Seamus, a fines de los años sesenta, cuando él comenzaba a publicar. Yo no lo retuve. No obstante, cuando a fines de los setenta y principios de los ochenta

comencé a leer sus libros, regresó a mí, como las primeras campanadas al alba en una aldea silenciosa, aquel arte gutural, fluido como los ríos profundos y caudalosos, cortado con la precisión de un cincel heredado de Gerard Manley Hopkins.

Cuando Seamus vino por primera vez a México, en 1981, invitado por Homero Aridjis al Festival Internacional de Poesía, supe, como él afirma en un poema, que “me hallaba en el limbo de las palabras perdidas”. Mi deslumbramiento ante su poesía fue tal a partir de entonces que decidí que no habría limbo que me intimidara, y las palabras, esas palabras, me estaban hallando a mí, no yo a ellas. Por entonces se habían traducido al español muy pocos de sus poemas, ningún libro completo. Ese festival desencadenó el quehacer, y muy pronto se publicaron en España *Norte y Muerte de un naturalista*, libros definitorios del desgarramiento sectario de la comunidad de este poeta, del conflicto religioso católico-protestante, en sintonía con su intimidad personal con semejante geografía. El primer libro que traduje fue *Isla de las Estaciones*, cuyo vía crucis en busca de los seres que marcaron su destino, cuya vuelta a las raíces mitológicas de Irlanda, me lo impusieron como tarea inaplazable. Después siguieron *Viendo visiones*, *El nivel*, *La luz de las bojas*, *Sonetos* y *Cadena humana*, cada uno con su propia historia, sus intercambios de opiniones con Seamus y sus cambios de luces, lo mismo que su libro de ensayos *Al buen entendedor*, dedicado por él a “mis amigos en México / Que, atentos, alientan la obra”. En una ocasión, Seamus me contó que en la adolescencia, cuando comenzó a ir a fiestas, al despedirse, su mamá le recomendaba, desde el quicio de la puerta: “No dejes de bailar con todas las muchachas, sobre todo con las que seguramente se quedarían sentadas.” Siempre me sentí una de estas últimas, que quedaron marcadas por su fulgor personal, su inteligencia genial y poética. De una profundidad como no he conocido otra.

Al término de su funeral, después de que el violoncelista cumpliera su explícito deseo por escrito de interpretar la *Canción de cuna* de Brahms, su otro amigo íntimo y músico, Liam O’Flynn, tocó en la gaita irlandesa uno de los “aires” tradicionales irlandeses favoritos de Seamus. Todo el mundo, toda “su gente”, salió de la iglesia canturreándolo en voz muy baja. El murmullo cimbró la tierra insular al igual que la noticia del Premio Nobel en 1995.

Tanto los irlandeses como los lectores de poesía de este mundo se sienten aludidos por sus poemas: los que hablan de la naturaleza; los que hablan de la familia, los amigos; los que hablan del pasado, del presente; los que recurren a la inspiración clásica; los que descienden a nuestras zonas dolorosas y los que ascienden en busca de respuestas frente a lo desconocido. Habiendo tenido el privilegio de su amistad durante años y de ser su humilde voz en español mexicano, *mi* lengua, me siento mosaico, vidrio reflejante de todos sus temas, su estilo, su modo de colocarlo a uno al lado de la belleza y la miseria, la ternura y la violencia, con la certeza absoluta del poder convocatorio de la palabra. Me ubicó —como lo hará con cualquiera de sus lectores en el tiempo— al lado del misterio, la oscuridad, la intraducibilidad de su música. —

## ECOLOGÍA HABLEMOS DEL FRACKING

MANUEL ARIAS MALDONADO

**S**i usted no ha oído hablar del *fracking*, pronto lo hará. Esta incómoda palabra inglesa, para la que no tenemos todavía una traducción elegante, designa una práctica de extracción de gas para muchos también incómoda, desconocida para la mayoría y prometedora para unos pocos. Su padre, el ingeniero texano George Mitchell, ha fallecido hace unas semanas, mientras en España el gobierno prepara una legislación que permita las primeras prospecciones, y en Gran

Bretaña se conocen sonoras protestas contra su despliegue inicial. O sea, que el *fracking* no es todavía entre nosotros, los europeos continentales, un asunto de conversación pública, pero empieza a serlo.

Hay razones para ello. Ahora que el cambio climático ha sido aceptado como una realidad científica con consecuencias en el plano de las políticas públicas, por más lentos que sean los avances prácticos, la búsqueda de alternativas a los combustibles fósiles ha cobrado una decisiva importancia y constituye, también, una atractiva oportunidad de negocio. A ello hay que sumar el viejo deseo geopolítico de liberar a Estados Unidos y Europa de su dependencia respecto del petróleo y el gas de socios tan poco fiables como los productores de Oriente Próximo, Rusia o Venezuela; países que, como su sola enumeración sugiere, bien pueden tener en esa abundancia a la vez su bendición y condena. Thomas Friedman, el afamado columnista del *New York Times*, formulaba con claridad este propósito en su libro sobre el particular: “Hoy en día no se puede ser ni un realista eficaz en política exterior ni un idealista eficaz en promover la democracia sin ser también un ecologista eficaz a la hora de ahorrar energía.” En el mejor de los mundos posibles, los imperativos estratégicos y energéticos van de la mano.

Desde ese punto de vista, el *fracking* parece arrojar resultados esperanzadores, aunque no constituya una alternativa radical al sistema energético existente. En Estados Unidos, que lleva décadas experimentando a pequeña escala con el mismo y últimamente lo ha impulsado de forma decidida, los yacimientos de roca producen ahora una cuarta parte del gas natural de todo el país, cuando a comienzos de este nuevo siglo apenas representaban el 1%; el precio del gas se ha abarataado en consecuencia. Para el caso español, el Colegio de Ingenieros de Minas calcula que nuestro suelo alberga gas para 39 años de consumo, lo que sería una noticia bienvenida en un país que importa el 99% del mismo. Es verdad que estas

proyecciones pueden desviarse fácilmente; también se albergaron esperanzas con los biocombustibles, si bien eso de generar energía quemando alimentos nunca pareció una idea demasiado brillante. Pero la promesa del *fracking*, a la vista de los datos norteamericanos, parece más sólida.

¿Cuál es, entonces, el problema? ¿Contra qué protestan quienes protestan? Para ser exactos, el *fracking* consiste en la fractura hidráulica de las rocas situadas bajo el subsuelo, a una alta presión y con una mezcla de agua, arena y agentes químicos, creando grietas a través de las cuales el gas es liberado y extraído. Hay, naturalmente, riesgos asociados. ¡Pero es que la realidad es así! Tal como decía la cuarta de las leyes de la ecología formuladas por el conservacionista Barry Commoner, *there is nothing like a free lunch*, o sea: nada es gratis. En este caso, los principales riesgos tienen que ver con la posibilidad de que el ascenso de los gases a la superficie pueda contaminar los pozos de agua, siendo especialmente problemático el caso del metano, gas altamente contaminante y contribuyente neto al cambio climático. Menos credibilidad parece merecer

la vinculación entre el *fracking* y los movimientos sísmicos. Por otro lado, una buena parte de las protestas se refiere al daño al paisaje o constituye eso que los anglosajones llaman *nimbiyism*: rechazo a soportar en la propia vecindad las molestias que acarrea la extracción de recursos o la actividad industrial. Y es que, si no nos gustan los vecinos ruidosos, cómo vamos a aceptar de buen grado que el progreso *itself* acampe junto a nuestra casa.

Aunque las investigaciones al respecto no son todavía concluyentes, parece que el *fracking* no plantea problemas que justifiquen una prohibición prematura. Es verdad que, incluso queriendo hacer las cosas bien, con las cautelas medioambientales correspondientes y una regulación severa, esas mismas cosas pueden salir mal. Pero, al igual que sucede con la energía nuclear, se trata de proceder a una evaluación racional de los costes y los beneficios asociados a una técnica concreta, no de rechazar automáticamente las alternativas a lo conocido, aunque no supongan, como en este caso, una revolución. Además, no debe olvidarse que el gas natural es más

limpio que los combustibles clásicos, como el carbón. El *fracking* puede ser un aliado contra el cambio climático; quizá no el más eficaz, pero sí el más realista. Y desde luego, constituye un buen ejemplo de cómo la innovación humana acaba encontrando soluciones allí donde no parecía haberlas, proceso de descubrimiento que no puede desarrollarse sin el juego de pruebas y errores que conduce a escoger aquello que mejor funciona y desdenar aquello que no funciona en absoluto. El propio Tim Jackson, adalid contemporáneo del decrecimiento, reconoce que la posibilidad de una revolución tecnológica en el plano energético no puede descartarse, pero esta no puede llegar si no dejamos que lo haga.

No obstante, va de suyo que la solución más expeditiva en la lucha contra el cambio climático sería el desmantelamiento de la sociedad contemporánea y la transición hacia una forma de vida colectiva libre de emisiones de dióxido de carbono; así lo ven, al menos, ecologistas y anticapitalistas radicales. Por esa misma razón, se mostrarán insatisfechos con cualquier alternativa energética que no pase por un



➤Campos de fracking para siempre.

empleo masivo de las renovables y vaya acompañada por ese “cambio de valores” que todos invocamos sin saber muy bien a qué nos referimos: debe de ser algo así como acostarnos egoístas y amanecer generosísimos. Es interesante, por cierto, que la izquierda clásica condene el *fracking*, pero defienda la minería, siendo ambas cosas más o menos la misma. Es interesante, pero no sorprendente, ya que las disputas en torno a la cosa medioambiental son una fábrica natural de paradojas. Sin ir más lejos, el padre del *fracking*, George Mitchell, fue un temprano defensor del crecimiento verde, llegando a construir en 1974 una comunidad, *The Woodlands*, con objeto de combatir los problemas de la dispersión urbana. Y el propio Karl Marx vio con más claridad que nadie, en sus *Manuscritos* de 1866, que la relación entre el hombre y la naturaleza se basa en la adaptación de aquel a esta mediante su apropiación tecnológica y simbólica, con la subsiguiente constitución de un metabolismo sacionatural.

Dicho esto, también la conversación pública, como la ingeniería constitucional, depende en buena medida de un adecuado sistema de pesos y contrapesos. En ese sentido, la insatisfacción crónica de los verdes radicales, así como la más ocasional de los moderados, constituye una voz necesaria dentro del debate medioambiental; entre otras cosas, compensa la agresividad de quienes responden a meros intereses particulares y dejan de lado la cualidad pública de los recursos naturales. En ocasiones, la sentimentalización y el alarmismo al que tienden los primeros produce un daño irreparable en la opinión pública, que antepone la emoción a la razón en asuntos tales como la energía nuclear. Es memorable el hecho de que la Orquesta de Baviera se negase, tras el accidente de Fukushima, a viajar a Tokio, donde debía actuar, por miedo a las concentraciones de uranio en la atmósfera de la capital nipona; luego resultó que el aire de Múnich albergaba más uranio que el de Tokio.

Si el ecologismo moderado quiere ser, como sostiene el historiador alemán Joachim Rädkau, la Nueva

Ilustración, tiene que anteponer la evaluación racional al impulso emocional. El problema es que, en cualquier asunto político, es más fácil obtener apoyos recurriendo a lo segundo que enarbolando la primera. En este contexto, sería deseable que el *fracking* fuera objeto de una ponderación razonable; por desgracia, nada garantiza que no suceda lo contrario. —

#### PALINDRAMA

## LUZ AZULADA, MAL LLAMADA LUZ AZUL

◀ MERLINA ACEVEDO

I. Amar deseo, no ese drama.

II. Yo de mí seré si me doy.

III. Yo sí me domaré, vas a ver:  
amo de mí soy.

IV. Yo sí me di, él no.  
Su sabor de sal lamería.

Yo, ida por amor,  
aroma, ropa di.  
¿O ya iré mal?,  
¿la sed roba su son?  
Leí: de mí soy.

V. Aire soñó, ternura:  
ese desear  
un retoño sería.

VI. Amar: tal eco no cesa,  
y amar, desear es amor.  
Aroma será ese drama,  
ya se conoce la trama.

VII. Odio: ese deseo ido.

VIII. ¿Amar? Daré odio. Ese  
deseo ido era drama.

IX. ¡Odio ese drama!  
La desairé.  
Salí absorto:  
¡no coge,  
pausa su apego,  
con otros baila!  
¿Sería sed al amar?  
¿Deseo ido?

X. Ódieme, heme ido.

XI. Se va la niña de mí, dañada  
y seria, sola, ave llagada.  
Nueva ave, una daga lleva  
a los aires: ya dañá.  
Dime: ¿dañina la ves?

XII. Adán, ¡a leer! ¿Cómo  
crearte?

Soy Dios, eres amor a Eva.  
Amasaré: serás ama, ave,  
aroma, seres, ¡oíd!  
¡Yo sé traer! ¿Cómo creé la nada?

XIII. Si es ajeno, cojo:  
como cae, doy.  
Si es ajeno, cojo  
como coneja.  
¡Ajeno cómo cojo,  
coneja! ¡Seis!  
¿Yo de a cómo cojo, coneja?  
¡Seis!

XIV. ¿Sí es seis? Son:  
uno, con uno,  
con uno, con uno,  
con uno, con uno.  
Con unos, sí: es seis.

XV. —¿Será pares o non?  
—Un uno no será pares.

XVI. Yo seré solo soledad,  
eso dañado, la levedad.  
A nadie soporto, yo soy otro;  
poseída nada devela lo dañado.  
Seda de lo solo seré, soy.

XVII. Oí. No me di. Me suplicó.  
Dócil puse mi demonio.

XVIII. —Ama como pocas.  
—¿Sacó pomo?  
—Cama.

XIX. Ama ya ser puta:  
es edad y negocio, oí.  
Cogen y da; desea  
tu presa  
y ama.

XX. Sabia tú, para puta íbas. —

Estos palíndromos están entre  
los cuatrocientos que selecciona el libro  
bifronte Relojes de arena /  
Peones de Troya, que la editorial  
Colofón pone en circulación este mes.



+Un legado tiránico.

## POLÍTICA INTERNACIONAL SIRIA TENÍA TODOS LOS NÚMEROS

✎ JORDI PÉREZ COLOMÉ

El 21 de enero de 1994, Basel al-Assad conducía rápido su Mercedes por la autopista que va de Damasco al aeropuerto. Iba a volar a Alemania con su primo, Hafez Makhlof. En el asiento de atrás iba el conductor que debía regresar luego con el coche a Damasco. Había niebla e iba, según la familia, a unos cien kilómetros por hora. En la salida del aeropuerto, chocó contra una valla y dio varias vueltas de campana, de acuerdo a la crónica del accidente del *New York Times*. Basel murió, Makhlof sobrevivió y hoy sigue vivo, y el chofer quedó ileso. Basel tenía 31 años y era el primer hijo de Hafez al-Assad, el entonces presidente de Siria. Hafez iba a vivir aún seis años más, pero sus problemas de corazón hacían que ya se hablara de su sucesor. El favorito, según los rumores, era Basel. Su foto acompañaba a menudo a la de su padre en las paredes de las tiendas sirias, un signo claro de favor en países oscuros.

En enero de 1994, Bashar al-Assad vivía en Londres. Había estudiado medicina en Damasco y completaba entonces sus estudios de oftalmología en el Reino Unido. Allí conoció a Asma, hoy su mujer, con quien se casó años después. Aquella mañana del 21 de enero cambió también su vida. Su padre le hizo volver a Damasco e ingresar en la academia militar. La primera vez que el nombre de Bashar salió en el *New York Times* fue tres años después, en 1997. La información se titulaba: “Los sirios intentan descifrar la ropa sucia del clan Assad”. Los hermanos de Hafez parecían haber caído en desgracia y la foto de Bashar aparecía cada vez más en las tiendas, junto a su padre y su hermano muerto. Junto a las imágenes decía: “Nuestro líder, nuestro ideal, nuestra esperanza”. El nuevo sucesor era una “esperanza” para Siria.

En aquella crónica de 1997 del *Times* aparecían dos de los grandes tópicos que han acompañado la carrera de Bashar. Primero, reformista: “La gente que ha conocido a Bashar al-Assad le describe como un hombre reflexivo, moderno, interesado en poner la economía siria en un camino más firme.”

Segundo, débil: “Algunos diplomáticos dudan de que Bashar al-Assad tenga la voluntad y la tenacidad para lanzar una batalla por el poder en su país, si es necesario.” Aún hoy, muchos creen que el puño de hierro del régimen sirio es Maher al-Assad, el hermano pequeño. En realidad, no importa. El rasgo diferenciador de Bashar era su familia e identidad religiosa: alauí. El padre, Hafez, había dejado todo bien atado para que su clan mantuviera el poder al precio que fuera: un ejército fiel que sirviera de protector en momentos difíciles y el dominio de los recursos económicos.

La historia reciente de Siria sirve para entender por qué Siria no ha seguido el camino de Túnez, Egipto, Libia o Yemen. Tras la salida del poder otomano de la región en la Primera Guerra Mundial y de unos meses de independencia fortuita, el territorio sirio quedó bajo control francés. Los franceses concedieron en 1920 un Estado propio a la minoría alauí en su región de origen, alrededor de la ciudad de Latakia, en la costa. Los alauíes estaban encantados con los franceses. Tras décadas de odio y malas relaciones con los suníes —el grupo musulmán

mayoritario—, se regían por sí mismos. En 1936, cuando los alauíes perdieron su Estado —por la presión de los suníes que vivían en el territorio— y se quedaron en una región autónoma, un líder alauí escribió al primer ministro francés, Léon Blum, sobre “la profundidad del abismo que nos separa de los sirios [suníes]” y “la catástrofe” que sería la reunión.

La incorporación definitiva llegó en 1946, con el fin del mandato francés. La fortuna para los alauíes fue que en aquellos años iniciales dominaban las rivalidades entre suníes. Los golpes de Estado se sucedían y los alauíes afianzaban su poder en dos organizaciones: el ejército y el partido Baaz, socialista y laico. Hafez al-Asad fue subiendo en los escalafones militares hasta el gobierno en progresivos golpes en los sesenta. En 1970 llegó el definitivo. Desde entonces, los alauíes controlan los resortes clave, con el apoyo tácito de las otras minorías y de familias suníes bien colocadas. (Tres cuartas partes de los sirios son suníes.)

El dominio alauí en Siria tuvo su gran leyenda negra en 1982. Tras años en los que morían alauíes en ataques terroristas y que la represión y los cientos de muertos en respuesta no bastaban, el régimen entró a sangre y fuego en la ciudad de Hama en 1982. Murieron unas veinte mil personas. En el imaginario de los alauíes —más laicos—, los islamistas suníes son salvajes que solo quieren acabar con ellos. El ataque a Hama se consideró por tanto en defensa propia. Con la perspectiva que tenemos ahora, aquel episodio terrible fue solo el prólogo del actual conflicto.

La última vez que estuve en Siria fue en otoño de 2011. La guerra era incipiente, pero la rabia y el odio entre ambas comunidades —los cristianos también, pero menos— eran brutales. La manera en que unos y otros se describían era inimaginable. El nivel de violencia latente era realmente ancestral. La solución a décadas, a siglos de odio profundo, solo puede ser generacional, pero mientras tengan fuerzas van a pelearse. La convivencia no es una opción. —

## LITERATURA UNA ÉPICA DE BOLSILLOS ROTOS

✎ HERNÁN BRAVO VARELA

**R**ecetados contra el mal del clasicismo prematuro y la hipocondría de la perfección, el error y el fracaso constituyen dos ingredientes activos del arte moderno y posmoderno. ¿Qué son el fragmento, la hibridez y la brevedad sino tres refinados colapsos del gran sistema de la literatura, que durante siglos privilegió la unidad orgánica, la pureza de los géneros y la exhaustividad discursiva?

Los escritores de fragmentos, híbridos o brevedades suelen ser miniaturistas que a las pocas páginas pierden el paso, el aire y hasta el interés. Ejemplos sobran en nuestro continente: desde Julio Torri (*Ensayos y poemas*), Carlos Díaz Dufoo Jr. (*Epigramas*), Augusto Monterroso (*Movimiento perpetuo*) y José Durand (*Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*), hasta Antonio Porchia (*Voces*) y Nicolás Gómez Dávila (*Escolios a un texto implícito*). Resulta difícil, si no impensable, imaginar a dichos “escritores imposibles” —el término es de Luis Ignacio Helguera, autor hecho a imagen y semejanza de su propia acuñación— emprendiendo un proyecto de gran envergadura o ejerciendo la poligrafía por temor a la esterilidad. En su caso, la falta de aliento es una decisión tomada a conciencia, no el síntoma de una holgazanería disfrazada de rigor; la escritura miscelánea, producto de un temperamento insumiso, reacio al cultivo de formas cerradas y asépticas en su aparente legitimidad.

Fumador profesional y enfermo empedernido, el peruano Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) se definió ante el periodista y escritor gallego Ramón Chao como “un corredor de distancias cortas. Si corro el maratón me expongo a llegar al estadio cuando el público se haya ido”. Si bien Ribeyro escribió tres novelas (*Crónica de San Gabriel*, *Los geniecillos dominicales* y *Cambio de guardia*), su obra más personal y perdurable está diseminada en una veintena de libros



✦ Ribeyro, fumador de carrera larga.

de prosa breve: cuentos, varia invención, ensayos, esbozos autobiográficos, diarios... Él mismo reconoce en estos últimos, titulados emblemáticamente *La tentación del fracaso* (2003), su fastidio e inseguridad con respecto a su producción novelesca —lo que lo lleva a teorizar varias veces sobre ella, en compensación a los magros resultados de su propia y esforzada estética—. En una entrada de septiembre de 1964, por ejemplo, Ribeyro revela el penoso intríngulis de la redacción de *Los geniecillos dominicales*:

Mi novela me parece un ladrillo, algo absolutamente indigesto. Más aún, un acto de agresión contra los lectores [...] Cada vez corto más párrafos. Debía eliminar capítulos íntegros. Debía en

suma eliminarla toda. ¿Dónde está lo esencial de una novela? Como le decía a Wolfgang una vez por carta [Wolfgang A. Luchting, su traductor al alemán], una novela es una aglutinación de fragmentos innecesarios que forman un todo necesario. La mía me parece a veces todo lo contrario: una suma de capítulos necesarios que forman un libro innecesario.

Quizá lo esencial de sus novelas se halle en la confección de relatos y prosas inclasificables, y, aunque así no lo parezca, en la escritura de “fragmentos [aparentemente] innecesarios” que componían, al juntarse como las gotas de mercurio de un termómetro roto, un solo flujo metálico y brillante. La arquitectura de interiores de Ribeyro le impidió edificar catedrales; prefería la ermita o el confesionario. De ahí que sus *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989) revelen una orgullosa marginalidad con respecto a los exitosos novelistas del boom y a su adscripción latinoamericana. Los diarios de Ribeyro pueden leerse, de hecho, como declaraciones de principios en torno a su “obra pública”, cuyo plan de trabajo el peruano desmenuza en las siguientes líneas:

...ese desasosiego, esa sensación de descontento, de duda, esa constante interrogación sobre si lo que estoy escribiendo tiene valor, y hasta una especie de deseo de no realizar una obra definitiva, pues quizá eso me condenaría a no hacer nada más. Es la idea de seguir siempre buscando, y de ahí surge el título, *La tentación del fracaso*.

Enemigo de las seguridades literarias, sociales y políticas de que gozaron muchos de sus contemporáneos —sobre todo su paisano y némesis, el Premio Nobel Mario Vargas Llosa—, Ribeyro profesó la fe de Beckett: “Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.” Y en efecto: Ribeyro fracasó insuperablemente con cada nuevo libro, se afirmó en sus interrogaciones y llevó a la excelencia sus desaciertos. Como

afirma en otra entrada de los diarios con una pátina de ironía y amargura: “Nadie me ha llamado nunca gran escritor. Porque seguramente no soy un gran escritor.” Si serlo implica cubrir la odiosa cuota de la universalidad y la grandeza humanas, entonces Ribeyro nunca fue un gran escritor. Los personajes de sus relatos —viciosos conmovedoramente empedernidos como en “Solo para fumadores” o violinistas metidos de hacendarios como en “Silvio en El Rosedal”— son hombres de pocas palabras y aventuras, que construyen con su día a día una épica de bolsillos rotos o, para decirlo con Charles Simic, una “alquimia de a peso”. Como el diablo, Ribeyro procuró estar en los detalles —a riesgo, en ocasiones, de acertar. —

CARTA DESDE RÍO DE JANEIRO

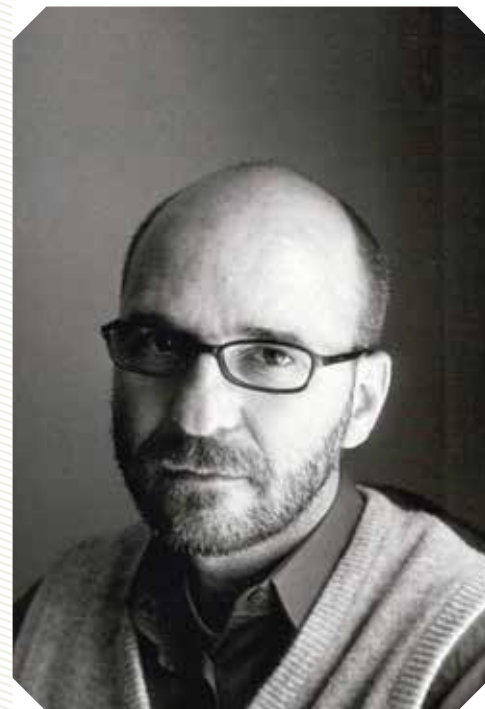
## NOTAS DE LITERATURA BRASILEÑA

JOÃO CEZAR DE CASTRO ROCHA

El rasgo dominante de la literatura brasileña contemporánea hace del bosquejo de un breve panorama una tarea particularmente difícil. Esta se define por una pluralidad inédita de opciones estéticas y de elección de tópicos. A tal punto los rumbos son distintos que el propio concepto de “generación” puede ser cuestionado. Vivimos, entonces, un momento muy fecundo, con una gran diversidad de núcleos temáticos, visiones del mundo y modos de escritura.

Dicha afirmación tal vez suene obvia; sin embargo, el blanco es preciso: al contrario de décadas anteriores, en las cuales se imponía una corriente hegemónica o, al menos, una orientación dominante, hoy, la atomización de los proyectos invita a la crítica literaria a una bienvenida renovación de sus postulados, toda vez que los modelos consagrados de análisis ya no son capaces de dialogar con los fenómenos contemporáneos.

Es importante señalar que una nueva ola de traducciones de autores contemporáneos permite al público



+Ruffato y la narrativa brasileña actual.

mexicano conocer aspectos de la producción brasileña actual.

Comienzo mencionando la labor de Cal y Arena, que ha publicado prácticamente todos los títulos de Rubem Fonseca. Clásico contemporáneo, Fonseca fue fundador de una nueva literatura urbana, con un empleo muy personal de géneros consagrados, como la novela histórica y la novela policiaca.

Luiz Ruffato concluyó recientemente un proyecto decisivo: una pentalogía, *Inferno provisorio*, en la cual logra dar nuevo aliento al realismo a través de la radicalización del lenguaje. Así, la experimentación metalingüística crea una estética que no se aparta de lo real, sino más bien expone sus fracturas. Ruffato afianzó su nombre con la impactante novela *Eles eram muitos cavalos* (2001), cuya acción transcurre en un solo día (9 de mayo de 2000) en São Paulo, y compone una imagen vertiginosa de la metrópolis. La narrativa transforma, a través de la crítica, a la desigualdad en materia literaria. El título de la novela homenajea la poesía de Cecília Meireles: *Eles eram muitos cavalos* fue bautizado con versos del *Romanceiro da Inconfidência*. Meireles empleó una técnica sofisticada para

reconstruir un emblemático episodio histórico. Ruffato, de igual modo, concilia experimentación lingüística y preocupación social. Como hemos visto históricamente, la experimentación y la narrativa no se oponen; pueden complementarse de maneras afortunadas. *Infierno provisorio* consagró a Luiz Ruffato como un autor clave.<sup>1</sup>

Cristóvão Tezza escribió *O filho eterno* (2007), la novela más premiada de la última década en Brasil —y con todos los méritos, hay que decirlo—. En ella el autor lidia con un delicado tema autobiográfico: el nacimiento de un hijo con síndrome de Down. Se trata de la historia de Felipe, el propio hijo de Tezza. El autor desarrolla una elaborada estructura textual que le permitió crear cierta distancia entre vida y obra, circunstancia existencial y ejercicio literario, esto es, una invención propiamente lingüística. El innegable elemento autobiográfico es matizado por un agudo recurso estilístico: un

<sup>1</sup> Ya se publicaron dos novelas en la Editorial Elephas: *Mamma, son tanto felice* y *El mundo enemigo*; ambas traducidas por María Cristina Hernández Escobar.

narrador en tercera persona, obsesivamente reiterado, domina el texto, aunque a veces aparece una voz evocando un narrador en primera persona.<sup>2</sup> Sin embargo, el predominio casi absoluto del punto de vista externo transforma la experiencia individual en obra de arte; la obra maestra de Tezza.

Y, para finalizar, dominante en los escritores más jóvenes, se observa una relación entre la tendencia de ampliación del horizonte temático y la internacionalización creciente de su literatura.<sup>3</sup> Esto es, un autor brasileño ya no se siente obligado a tratar solamente acerca de *sertões*, violencia y desigualdad social —aunque, por supuesto, también sigan siendo temas fundamentales—. No se trata de eliminar posibilidades, sino más bien de ensancharlas al máximo.

Hay muchos ejemplos posibles; elijo uno.

<sup>2</sup> *El hijo eterno*, publicada en español por Elephas. Hay que señalar la excelente traducción de María Teresa Atrián Pineda que preservó en español el juego lingüístico con los pronombres personales.  
<sup>3</sup> El número de *Granta* (2012) dedicado a los autores brasileños con menos de cuarenta años se destaca en este contexto.

Hagamos una parada en Alemania; más precisamente en Frankfurt, con escala en Río de Janeiro. Todos los martes, tres personajes, Laura, Javier y Camila, tienen encuentros particulares: Laura, en Río, con su psicoanalista; en Frankfurt, Javier con Camila, en un caso amoroso tan discreto como impredecible. A través de los ojos de Javier, se desnuda en forma satírica la vida académica políticamente correcta de cierta intelectualidad europea. Camila, a su vez, abandona Frankfurt, y Javier vuelve a Río, donde empieza una relación inesperada con Laura. Me refiero a la novela *Toda terça* (2007), de Carola Saavedra, en la cual se destaca el diálogo sutil con la literatura de Julio Cortázar, Macedonio Fernández y Machado de Assis. Su autora propone un ejercicio literario que atribuye activamente al lector un rol clave en el montaje de los elementos de la trama; rasgo definidor de su literatura.

La literatura brasileña atraviesa hoy uno de los momentos más prometedores de su historia. Las nuevas generaciones de autores y el reconocimiento internacional creciente son síntomas de esa vitalidad. —

<http://letraslib.re/1a6niLn>

En #Observatorio, nuestra nueva bitácora de crítica cultural buscamos dar cuenta puntual del acontecer artístico en Hispanoamérica y en el mundo.

